

UN VIAJE A SÍ MISMA

Una de las huellas beneficiosas de las vanguardias literarias del siglo XX es la libertad que a partir de ellas se concede al autor para liberarse de lo que un escritor francés llamó la "ley del género". La obligación de encuadrar la escritura dentro de algunos de los géneros canónicos restrictivamente definidos se fue flexibilizando para que el libro mismo y la visión del autor fueran dictando la forma que convenía a lo que se quería expresar. Esa nueva holgura ha dado pie a obras en que el asunto o los asuntos se despliegan con una comodidad, vigor y diversidad que no tendrían espacio si el autor o autora hubiese tenido que ceñirse a aquella ley.

Esto es lo primero que debería tener en cuenta el lector ante **Diario de Japón**, de María José Ferrada. Desde luego, quiebra el "horizonte de expectativas", porque el libro no es un diario, al menos como canónicamente se entiende un diario, como lo define, por ejemplo, en un bello ensayo, Juan Villoro. No es un diario, entre otras cosas, porque no sigue un orden cronológico, sino que avanza y retrocede en el tiempo muchas veces, libertad que no habría podido darse si hubiera escrito el libro en la forma de diario. De manera que, de algún modo, el lector mientras lee este libro no puede dejar de preguntarse, como un cierto ruido de fondo, qué género de



DIARIO DE JAPÓN
María José Ferrada
Seix Barral, Santiago,
2022, 196 páginas,
\$14.900.

libro estoy leyendo. De alguna manera, también parece que el libro nos habla de la irrelevancia de esa pregunta. Da lo mismo; lo importante es que sea un libro que entretenga, que haga pensar, que exprese una singular sensibilidad y una visión unitarias. Es agradable la holgura no afectada con que, en efecto, María José Ferrada se desplaza en el **Diario de Japón**. No se trata de un caos; desde luego que existe una estructura reflexionada en la ordenación de los textos, escurridiza, múltiple, subterránea. Esa forma acaso tiene que ver con la tensión que existe en la literatura y la cultura japonesas entre el orden y el desorden, entre la cerrazón y la apertura, uno de los temas que recorren estas narración y reflexión. En términos occidentales, diríase que es un ensayo, a lo Montaigne, que quizás esté próximo "al ensayo a la japonesa", que menciona la autora.

El escritor francés afirmaba que en todo ensayo el autor, ante todo, se ensaya a sí mismo. Es decir, acá la narradora en un nivel de superficie, visible, intenta, con mucha sutileza, un acercamiento a Japón a partir de una serie de lecturas —sobre todo, de la novela **Genji Monogatari**, de la cortesana y poeta japonesa

del siglo XII Murasaki Shikibu— y de los viajes que ha realizado a Japón, las experiencias vividas en ellos y los afectos que allí nacieron. En este plano, que se muestra como el principal y ocupa una parte mayoritaria del libro, la autora no elabora una construcción sistemática, de un modo académico, sino pinceladas, iluminaciones, reflexiones breves, anécdotas, a veces enigmáticas que se enlazan unas con otras de una manera no lineal y que, con todo, no tienen nada de hermético, sino ligereza, ternura, esbozo cordial.

La autora no elabora una construcción sistemática, sino pinceladas, iluminaciones, reflexiones breves, anécdotas, a veces enigmáticas.

Hay una renuncia no solo al orden del género, sino también al contenido cerrado y sólidamente concatenado, dejando, por consiguiente, huecos que nutren y reclaman una lectura creativa. En este sentido, también podría señalarse que existe un homenaje a cierto arte japonés, elusivo, que juega con la combinación del vacío y del lleno.

El tema literario y metaliterario es, pues, muy fuerte, pero abordado con llaneza, amplitud y a través de ese viaje circular indispensable que va de la literatura a la cultura y de la cultura a la historia.

El consejo interpretativo de Montaigne vale en

esta obra, dado que toda esa elucubración sobre la cultura y literatura japonesas, más al fondo del libro, espejea sobre la autora. La narradora —María— nos advierte, a la pasada, que en toda narración siempre existe ficción —una cautela, una máscara—, pero, desde luego, el lector puede percibir el oblicuo trabajo de filigrana de varios duelos —de la muerte de Enrique, de la muerte de su abuela, del dejar partir una investigación, una tesis de grado— y, sobre todo, una indagación de su lugar como escritora y el tránsito en que encuentra.

El libro está construido sobre ese suelo flotante, tembloroso, per-

turbado. La pregunta por **Genji Monogatari**, de Murasaki Shikibu, es también una pregunta sobre María José Ferrada y su obra —formulada muy de soslayo— y deja pensando en el problema de la escritura hecha por mujeres en una cultura, que podría ser la nuestra, con las constricciones a que estuvo —¿o está?— sometida, su escurrirse histórico a través de géneros laterales para abrirse paso por medio de esas restricciones.